

LEYENDAS DE UNA CALI JOVEN

**Entre mangones y asesinos en serie.
Década de los setenta.**

Publicado en septiembre de 2014, página 5.

Ana María Ramos Ospina

@ana_0621

Universidad Santiago de Cali, Colombia

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-9233-4168>

✉ ana.0621.ramos@gmail.com

Mientras Cali bailaba al naciente ritmo de la salsa, se fraguaba una leyenda aterradora en una ciudad recién llegada al progreso y a la urbanización.

A sus 477 años, Cali ha creado un sinfín de leyendas urbanas en las que se tejen historias de fenómenos sobrenaturales, algo común en una ciudad que primero fue pueblo, evolucionó con el paso del tiempo y fue dejando muchos sitios, monumentos, personajes e hitos que conservan la traducción oral y relatos, como el que les quiero contar.

Cómo citar este capítulo:

Ramos Ospina, A. M. (2020). Leyendas de una Cali joven. Entre mangones y asesinos en serie. Década de los setenta. En: Behar Leiser, O. y Castillo Muñoz, L. J. (comp.). *Utópicos. Una nueva era para los géneros periodísticos*. (pp. 33-35). Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali.

Las historias tienen un sabor pueblerino y sobrenatural que puede dejar perplejos a sus visitantes, pero en realidad no hay algo más aterrador que la de un asesino en serie, que como dice la leyenda del ‘Chupacabras’, les sacaba la sangre a sus víctimas, siempre y cuando estas fueran niños.

“Por allá en los años setenta empezaron a aparecer en los sitios descubiertos, en los alrededores de la ciudad, niños de diferentes edades muertos y la leyenda decía que aparecían extremadamente pálidos, y se afirmaba que les habían extraído la sangre”, cuenta Phanor Luna, periodista de la época, en un especial de mitos y leyendas realizado por un periódico local.

La leyenda contaba que había un sádico; después se dijo que era una banda que capturaba niños, hombrecitos que no superaban los quince o dieciséis años, y les sacaban la sangre para luego dejarlos tirados en los ‘mangones’, terrenos baldíos que para la época se encontraban en medio de casas y en zonas alejadas de la parte urbanizada; los niños aparecían en matorrales lejanos, en condiciones deplorables.

‘El Monstruo de los Mangones’, como fue bautizado el supuesto sádico por un periodista de la redacción del periódico El País, fue una leyenda que marcó a toda una generación de abuelos, tíos, padres y medios de comunicación, fue un fenómeno que transgredió una simple denuncia de desaparición.

Esta leyenda se usó como un ‘cuento’ que tenía una verdad que hasta el sol de hoy no se ha descubierto, para que los niños no salieran a la calle y menos en las noches.

Las diversas caras de la historia

Estaba en mi casa, navegando por las redes sociales, buscando información para nutrir esta historia y encontré un grupo en Facebook llamado “Fotos Antiguas Santiago de Cali”, en donde comparten fotografías e historias ancestrales.

‘El Monstruo de los Mangones’, así fue bautizado el supuesto sádico, por Alfonso Recio Delgado, un periodista de la redacción del periódico El País.

Revisando las publicaciones de este grupo tuve la curiosidad de preguntar si sabían algo del ‘Monstruo de los Mangones’ y debo decir que si las nuevas generaciones estuviésemos un poco más interesadas por nuestra ciudad y sus historias, seríamos un mar de tradición oral incomparable.

El ‘Monstruo de los Mangones’ tiene muchos protagonistas y hay muchas versiones. “Era un adinerado de familia prestante que requería sangre para hacerse diálisis y mandaba a sus empleados a conseguirla con niños que abandonaban en los mangones de Cali”, expresó Roberto Valencia, integrante del grupo de Facebook.

Después de ver la información que daban los internautas y algunas de las producciones audiovisuales sobre este tema, como la película *Pura Sangre*, del director de cine Luis Ospina, decidí ir a la Biblioteca Departamental, a indagar en la prensa.

Mientras pasaban las horas en la biblioteca, pude detectar dos versiones, una muy famosa y utilizada en películas como la de Ospina, y otras proporcionadas por la prensa de la época, pues seguramente no les convenía que se creyera la primera.

La indagación fue en dos periódicos locales, *Occidente* y *El País*; lo que encontré me trasladó a esa época y, al igual que a los que vivieron ese fenómeno, sentí terror y gran impresión.

“Cadáver de otro menor fue hallado en La Flora” y “Asesinado un niño a golpes de punzón”; titulares como estos fueron los que erizaron mi piel y alimentaron mis ganas de seguir en la búsqueda. Estas historias, publicadas en su mayoría en el mes de abril de 1996, contaban las torturas a las que eran sometidos los niños caleños de ese entonces, heridos con elementos cortos punzantes.

La prensa hablaba primero del ‘Monstruo de los Mangones’, pero tiempo después se conocieron nombres como Arturo Delgado Jaramillo y Luis Eduardo Caicedo, presuntos sindicados de ser los autores intelectuales de los más de treinta asesinatos de menores que se presentaron.

Esta historia tiene mucha tela para cortar, pero hay personas que creen que indagar y hablar de ellas es alimentar más mentes sádicas para continuar ese legado de terror. “Para qué recordar esas historias, eso es incitar a los degenerados”, afirma Katherine Díaz Vargas, integrante de un curso que se dictó en una casa –ahora llamada Santa María de los Farallones– que en realidad perteneció a Adolfo Aristizábal, el señor adinerado que supuestamente hacía capturar niños para extraerles la sangre.

Reconstruir estos hechos es una manera de recordar para no repetir y para revivir épocas emblemáticas de una Cali que pocos conocen.